

REALISMO EXISTENCIAL: PHILOSOPHIA CORDIS

Francesc Torralba Roselló, filósofo

Julio 1996

Artículo publicado en la *Revista RE* núm. 39

I. Consideraciones prolegomenales

Antes de entrar a analizar el realismo existencial en tanto que cosmovisión filosófica, considero oportuno hacer unas consideraciones previas.

1. La prioridad del magisterio oral

Dice Platón que lo más trascendental de su pensamiento no está escrito en los Diálogos, sino que precisamente radica en aquello que no se ha dicho. También Kierkegaard afirma que en ninguno de sus Papeles se encuentra el misterio último de su vida, la clave de su pensamiento. Lo cierto es que difícilmente podremos acceder al pensamiento real de un filósofo a través de los textos que ha dejado en la historia. La hermenéutica textual, con todo y ha evolucionado mucho desde H.G. Gadamer hasta ahora, implica siempre un grado de incertidumbre.

El magisterio oral es muy superior al magisterio escrito. El magisterio directo y enfático a través de la palabra, el contacto diario, la presencia viva, el rostro a rostro, la comunicación espontánea entre nuestro maestro y discípulo superan con creces el plano de la escritura. Es distinto analizar un texto a distancia que sumergirse en las entrañas de un pensamiento vivo que uno ha palpado con sus propias manos y que lo ha sentido expresar de la boca del maestro. El aliento del maestro es insustituible...

Imagino que el magisterio oral (y vital) de A. Rubio supera con creces los textos que nos ha dejado. Esto significa que analizarlo desde la escritura resulta difícil y empobrecedor. Con todo, intentaré integrar la vitalidad de su presencia en el análisis estrictamente filosófico.

2. La coherencia como virtud fundamental

La coherencia es la gran virtud de un filósofo. Lo expresó Kant en la *Crítica de la razón práctica* (1788) y su sentencia tiene una validez perenne. Incluso creo que la coherencia debería considerarse criterio de autenticidad. El filósofo vitalista debería ser vital en su vida real, el filósofo nihilista debería ser nihilista en la vida de cada día, el filósofo estoico debería ser estoico en el trato cotidiano.

Esta autenticidad ha quedado diluida en la historia de la filosofía occidental. Nietzsche, el gran vitalista, llevó una vida llena de amargura. Séneca, el estoico, se suicidó en medio de grandes pasiones. Y Rousseau, el gran filántropo ilustrado abandonó a sus hijos en un hospicio. Si se compara la vida de algunos pensadores con su filosofía, se da cuenta que entre aquello que defienden y aquello que hicieron, ciertamente hay un abismo. No es éste el caso de Alfredo Rubio y su realismo existencial.

En las pocas ocasiones que pude conversar con él, tuve la impresión de una enorme coherencia entre su ideario y su vida cotidiana. Los que le trataron cotidianamente podrán corroborarlo mejor que yo. Esta simetría estética, esta

armonía entre la palabra filosófica y el gesto vital es lo más remarcable de un pensador.

3. La belleza de la *philosophia cordis*

En términos generales, puede distinguirse entre dos tipos de filosofía: una filosofía del corazón (*philosophia cordis*) y una filosofía de la razón (*philosophia rationis*). Esta distinción que hace B. Pascal en sus Pensamientos entre las razones de la razón. La Filosofía es un discurso eminentemente racional que versa sobre los grandes misterios de la existencia humana, pero este discurso no hay que entenderlo unilateralmente racional. Hay un grupo de pensadores que han elaborado un pensamiento conceptual, sistemático y construido sobre el punto arquimédico de la razón, pero también hay un buen grupo de pensadores de nuestra misma tradición que han forjado una filosofía enraizada en el corazón, en las vivencias cotidianas, en el sentir de la vida diaria. En el primer bloque habría que ubicar a santo Tomás, a Kant y a Hegel, mientras que en el segundo bloque habría que nombrar a san Agustín, Pascal y Kierkegaard.

Teniendo en cuenta esta gran división, hay que decir que el realismo existencial del Dr. Rubio pertenece a la *philosophia cordis*, dado que es una concepción del mundo intensamente enraizada a una experiencia real de la vida vivida con intensidad. La alegría de existir, tesis central de esta concepción filosófica, es una tesis que supera con creces el marco conceptual, trasciende el estatuto de un teorema filosófico: es una afirmación que surge del corazón, que mana de la emoción del hecho de estar vivo. Esto no quiere decir que sea un puro sentimentalismo, un puro romanticismo emotivo, ya que el realismo existencial como cualquier otra concepción filosófica disfruta de una lógica interna, de una infraestructura racional. Con todo, el corazón es la fuerza motriz y la *dynamis* de esta cosmovisión.

II. Realismo versus idealismo

Con el fin de esbozar el contenido filosófico del realismo existencial, me centraré en la obra clave de Alfredo Rubio, *historias clínicas -progresivas- de realismo existencial*.

Empecemos por un análisis del nombre. Las dos palabras: realismo y existencial tienen un peso y una tradición en la historia del pensamiento occidental, pero según mis conocimientos, nunca no se han puesto de lado, formando un binomio integrador. Esta confluencia es especialmente interesante para ser investigada.

El realismo es, *grosso modo*, una tendencia filosófica que parte de la afirmación de la realidad extramental, es decir, de la afirmación del ser más allá de la conciencia. El realismo parte de la dualidad sujeto y objeto. Hay un sujeto que contempla el mundo y hay un objeto (la realidad) que es contemplada por el sujeto. Aristóteles es el primer exponente filosófico del realismo ontológico, después le seguirá santo Tomás y otras corrientes de enorme trascendencia.

El realismo se contrapone, fundamentalmente al idealismo, que considera que propiamente no hay objeto, que no hay realidad extramental, sino que sólo hay sujeto, un sujeto que construye el mundo desde su identidad. El idealismo niega que la realidad exterior tenga una identidad ontológica. El máximo exponente de esta corriente es, a mi entender, Berkeley que dice textualmente: *Esse est percipi* (El ser

es aquello percibido). Sólo hay ser, si hay sujeto que percibe. El punto culminante del idealismo lo representa el idealismo alemán de Hegel, Fichte y Schelling.

El realismo existencial parte de la afirmación de la realidad. Es, por tanto, una filosofía del ser y no de la conciencia. Hay realidad y esta realidad es plural, sugerente, bella, armoniosa y rica desde el punto de vista metafísico. Vivir es participar de esta realidad, es disfrutar de todos los bienes y disfrutar máximamente de ellos.

III. Existencialismo versus esencialismo

El esencialismo es aquella corriente metafísica según la cual cada realidad tiene una esencia ideal prefijada con anterioridad y que define la naturaleza de cada cosa. El platonismo es claramente esencialista. Hay un mundo de esencias puras y un mundo empírico y terrenal. Este segundo mundo es la imagen grotesca del primero. Según el existencialismo, en cambio, la existencia precede a la esencia. Esto significa que el hombre en sí mismo no es nada, sino que llega a ser algo en la medida que existe, en la medida que construye un proyecto libre con su existencia. No se puede definir la esencia del hombre antes que su vida. Es aquello que va siendo a lo largo de su existencia. Según el existencialismo, la precedencia de la existencia respecto a la esencia es lo que garantiza la libertad. El hombre es libre porque no está predeterminado de entrada, sino que es capaz de construir un proyecto libre con su existencia a través del compromiso.

El realismo existencial es, pues, la afirmación de la realidad exterior vivida de forma intensa. El hombre no está determinado, ni prefijado de entrada, sino que actúa y se desarrolla libremente en este espacio real. A medida que actúa va definiendo su naturaleza y su esencia. En el existencialismo francés de raíz atea, la existencia es interpretada como una losa, como una carga pesada que el hombre arrastra sobre sus hombros. En la obra de Rubio, existir no es un peso, ni una calamidad, ni un error, sino un gozo, un gozo pleno y radical. El vitalismo moderado recorre toda la obra de Rubio.

IV. El realismo existencial

El realismo existencial tiene una estructura propia y singular que se vertebra alrededor de las siguientes categorías:

1. La experiencia radical

Mi existencia es la primera evidencia vital, no intelectual o lógica. La primera evidencia no es el acto de pensar (el cogito cartesiano), sino el existir. Existo no hay vuelta de hoja. Siento que existo. Estoy presente en el mundo. Percibo otros seres a mi alrededor. Me doy cuenta de que soy alguien con una identidad propia, alguien que está llamado a llegar a ser algo.

El hecho de existir se entiende fundamentalmente como un gozo. El gozo de estar vivo, el gozo de poder reír, cantar, bailar, navegar, correr, amar, pensar, imaginar... El existir posibilita todos los otros gozos posteriores. Por eso Rubio expresa esta primera evidencia con una exclamación: "Sí ¡qué gozo existir! Haber contemplado olorosamente una magnolia, haberme estremecido muchas miradas mirándome... rozarme una palabra amiga... esculpir unos proyectos...".

2. La gratuidad de existir

La segunda evidencia es la gratuidad de existir. Existo, pero podía no haber existido. Soy consciente de que mi existencia no es necesaria, sino absolutamente contingente y precaria. Si mis padres no se hubieran conocido y amado, yo no sería y tampoco no sería nada de lo que digo. El existir es absolutamente gratuito. No he hecho ningún mérito para existir, no he pagado ningún precio por tener que estar aquí. Es un regalo, el regalo más grande que jamás he podido recibir y sin el cual todo el resto no existiría. Dice Rubio: "Cuando pienso, siento, que ciertamente podía no haber existido, un estremecimiento implacentero me recorre la médula de mi ser. Y casi a la vez, en una oleada contraria, gozo la exultante alegría de ser, de existir."

3. La fragilidad óptica

La tercera evidencia es la fragilidad de la existencia. Existo, pero mi existencia es contingente, extremadamente débil y vulnerable. Soy, pero podía no haber sido nunca. Además la existencia está constantemente amenazada por el sufrimiento y por el horizonte de la muerte. Soy, pero dejaré de ser. No hay nada más cierto que la muerte, dice Agustín en uno de sus sermones. Rubio manifiesta esta fragilidad óptica de esta forma: "Soy algo que antes ni era. Que empezó a ser. Que ahora estoy siendo. Un día -¿una noche?- sé que cesará este modo de vivir. Lo recuerdo siempre, pero no me importa. Vivo."

4. La aceptación del otro y de uno mismo

La cuarta evidencia radica en la aceptación de la fragilidad óptica propia y ajena. El camino de la felicidad, de la madurez personal y la serenidad existencial radica en el conocimiento de los propios límites y la aceptación de la propia existencia tal y como se ha dado. Cuando la persona pretende ultrapasar sus límites ópticos, cuando se obstina en no reconocer el carácter transitorio y fugaz de su vida, entonces está en peligro de caer en la autodeificación. Yo no soy el Ser necesario, ni soy el centro del universo. Soy un ser contingente que es consciente de su indigencia y además soy un fragmento más de la heterogeneidad del universo. Todos los seres participamos de la misma precariedad, de la misma fragilidad óptica. Desde este punto de vista, todos somos hermanos en existir. Todos los seres participamos de la misma fraternidad óptica: el pájaro, el árbol, el hombre, la mujer. El ejemplo sublime de esta fraternidad cósmica es san Francisco de Asís. Tras el realismo existencial se respira un cierto franciscalismo. Dice Rubio en un texto: "Tenemos que aceptar a todos, ¡a todos! O ¿es que no son consecuencia ineludible del mismo pasado gracias al cual existo?".

5. La aceptación de la muerte

La muerte es un límite infranqueable. El hombre camina hacia su propia muerte. No puede detenerla, ni puede anularla. Es su destino. Aceptarla es el camino de la liberación personal. No aceptarla convierte al hombre en un ser inquieto y desasosegado profundamente atormentado. La muerte confiere seriedad a la existencia personal. No viviré siempre. El regalo que me ha sido concedido - la existencia - tiene fecha de caducidad. Esto quiere decir que mi vida es única e irrepetible y que tengo que disfrutarla y vivirla con máxima plenitud. La lección de la muerte es clave para evitar la frivolidad y el entretenimiento. Toda la filosofía, como dice Montaigne en sus ensayos, es una preparación para la muerte. Dice Rubio: "La máxima lección (...) que puede dar a sus hijos, que también han de fenecer, en ésta: aceptar con alegría, el morir. Éste es el básico secreto para vivir con felicidad la vida".

V. Patologías existenciales

Hay una forma de existir serena y equilibrada que es conforme a la realidad del hombre. Sin embargo, hay otras formas de existir que causan heridas en el corazón del hombre y son el origen de todos los conflictos. Cuando el hombre ultrapasa sus límites ónticos, cuando juega a ser Dios, entonces cae en una especie de prometeísmo de la voluntad que legitima la barbarie y la destrucción del otro. En la raíz de todos los males está la deificación del hombre, su autoproclamación divina. Rubio analiza esta forma patológica de la existencia y se refiere a ella con la expresión: "la enfermedad del ser".

No es el primer pensador que habla de la enfermedad del ser. Kierkegaard en la *Enfermedad mortal* (1849) se refiere a la desesperación del espíritu. Cuando el hombre se obstina en transgredir los límites de su naturaleza cae en la desesperación del infinito. Rubio lleva a cabo un diagnóstico de esta enfermedad del ser en tres niveles; el orgullo, la vanidad y la ambición. Si el filósofo, como dijo un clásico griego, es el médico del alma, entonces tiene que analizar los desequilibrios del espíritu y tratar de ver las formas de terapia. En último término, la salud integral de una persona no radica sólo en el bienestar de su dimensión biológica, sino en la integridad de la persona. Si la filosofía, como dice Kierkegaard, tiene que ser primordialmente edificante, quiere decir que debe acompañar a las personas a la plenitud y consiguientemente detectar las patologías que las esclavizan.

1. El orgullo

La primera enfermedad del ser es el orgullo que se corresponde con la conciencia prometeica, es decir, el afán de brillar más que los otros, de exhibir las propias capacidades y menospreciar las capacidades y virtudes del otro. El orgullo es fruto de un complejo de inferioridad óntica que se manifiesta en un instinto de destrucción. Dice Rubio: El orgulloso (Renato) "querría absorber de la Tierra, por sus raíces, toda la absolutez de ser. Y quedarse, soberbio, cual eucaliptus, aunque a su alrededor agostara, como éste, toda hierba".

2. La vanidad

El vanidoso habla en primera persona del singular. Sufre una tendencia egolátrica y una desmesurada valoración de sí mismo. Es una especie de autoidealización. El vanidoso (Victorio) "no ama la desnudez, la verdad". Se viste siempre con lo que no es. No percibe esta túnica del no ser invisible; y aún con ella todos acaban viéndole "tal cual es".

3. La ambición

La tercera enfermedad del ser es la ambición, es la voluntad de ser y tener aquello que no se es y aquello que no se tiene. El ambicioso no está nunca contento con lo que es y lo que tiene, sino que querría ser más y tener más. El ambicioso (Olegario) "es feliz, sobre todo, por pensar en lo que aún no tiene, pero cree que puede alcanzar".

VI. A modo de conclusión

El realismo existencial es una filosofía del corazón y una sabiduría a medida del hombre. En este sentido, es una filosofía enraizada en la experiencia real de la vida y conocedora de los límites y de las grandezas de la condición humana. Es una filosofía moderada que inspira paz y fraternidad entre los hombres y los otros seres

de la creación, precisamente porque trata de ver aquello que une substancialmente a todos los seres. Por otra parte, es una concepción que no se encierra en la inmanencia, sino que abre un espacio a lo trascendente. Considero que el realismo existencial no es una filosofía de despacho, sino una actitud ante la existencia, una forma de vivir.